

Memoria de Agustín Yáñez*

Antonio Gómez Robledo

Cuando todo se ha dicho y redicho sobre aquellos que han pasado de esta vida sin haber muerto del todo (*non omnis moriar, porque su persona y su obra continúan gravitando sobre sus postreros*), cuando todas las ponderaciones van diluyéndose lentamente en la estela del recuerdo, todavía, y por más que pasen los años, quedará, para algunos de entre ellos, el supremo dictado que, a mi juicio, puede tributárseles, y que está en las palabras de Antonio, la noche de Filipos, frente al cadáver de Bruto: «Éste fue un hombre». Un hombre, ya se entiende, no en cuanto una unidad más, amorfa y fortuita, de la especie, sino como el prototipo pleno, normativo, paradigmático, y que por ello es la gloria y el honor del linaje humano.

De Agustín Yáñez, a lo que me parece, podemos predicar otro tanto, porque en él también, conforme a la manida pero siempre viva sentencia de Terencio, nada de cuanto es humano le fue ajeno, nada de cuanto es humano hacia lo alto y lo profundo, usque ad sidera et usque ad inferos, como decían los romanos.

Por sus fuerzas vitales, en primer lugar, el goce y la dilatación, de par en par, de los sentidos, «los sentidos al aire», según lo dejó escrito.

Pero en seguida, y en el reino intermedio entre la sensibilidad y la espiritualidad (de estas zonas indecisas está hecho el hombre) este amor de la vida conllevó en él, irresistiblemente, la voluntad de ofrecer, compartir y propagar la vida, sin reserva alguna, con la irrevocabilidad de las decisiones supremas. El amor egoísta de la vida, en razón de su energía irradiante, trasmutábase en amor altruista,

* Estas palabras fueron pronunciadas en el homenaje a Agustín Yáñez que, a dos años de su muerte, se celebró en El Colegio Nacional. Don Antonio Gómez Robledo, eminente filósofo nacido en Guadalajara en 1908, es miembro de la generación del autor de *Al filo del agua*.

y por esto ha podido escribir Octaviano Valdés que la mayor excelencia de Agustín Yáñez reside en «haber sido, durante más de cuarenta años, árbol de ancha sombra amorosa, para su esposa, y sus hijos». Tengo una carta de él, todavía de sus años mozos, en que narra el deslumbramiento que le causa el progresivo despertar de sus hijos a la vida de la inteligencia y del sentimiento, y añade: «No hay, en verdad, espectáculo mayor en la vida del hombre».

En fin, y sin salir aún del reino de los valores vitales, digamos que Agustín Yáñez, en cualquiera de sus aspectos y todo él por entero, es totalmente inexplicable si se prescinde, se soslaya o se atenúa su arraigo, por todas sus raíces, por todos sus poros, en la tierra mexicana. En ella estuvo, desde que vio la luz, primero por sus padres, «obrero y campesino», como lo dijo él mismo orgullosamente, y luego por la tierra de sus padres (su patria en el sentido prístino del término, terra patrum), los Altos de Jalisco, tierra mexicana entre todas sus homónimas. ¿O hará falta recordar que, según lo ha mostrado José López Portillo y Weber, la rebelión de Nueva Galicia, cuyo teatro estuvo en la subida a los Altos, fue el mayor amago al naciente poder virreinal, a tal punto que estuvo en trance de hacerle zozobrar de una vez por todas?

Por su estirpe, pues, la meseta alteña, y por su nacimiento, el suyo propio, Guadalajara, la ciudad errante y peregrina en sus primeros años, y que al fin, después de un copioso trasiego de tierras y gente, asentóse definitivamente en el valle de Atemajac. Bajo su cielo azul y en su ancha planicie, abierta a todas las lejanías, a todos los horizontes, cálidos, luminosos, vigilia constante del espíritu, transcurrió nuestra infancia y primera juventud.

El paisaje tapatío, no menos que el ateniense, es, de esta suerte, el mayor estímulo para el pensamiento, y uno y otro, Agustín y yo, sentimos esta correspondencia cuando juntos visitamos Eleusis, el santuario del mundo antiguo donde por vez primera, bajo la inspiración órfico-pitagórica, se abrió el alma —se abría cada año durante la celebración de los misterios— a la esperanza de la resurrección. Y por lo pronto, sentimos aquella mañana aletear sobre nosotros la sombra de la muerte, pues al salir de aquel lugar tuve que llevarlo de urgencia con el médico, en el primer amago, posiblemente, del mal que, no muchos años después, había de llevárselo.

Entre Eleusis y Guadalajara, felizmente, media medio siglo, retrocediendo en el cual, como puede hacerlo la imaginación y la memoria, ubiquémonos por un momento en la Guadalajara de la tercera década de nuestro siglo, la de los años veinte, la que presenció la ascensión de Agustín Yáñez, y de sus compañeros de grupo o de generación, al reino superior que configura el dominio más propio y específico del hombre, el reino del espíritu y de la cultura.

Guadalajara hace hoy todo lo posible por parecerse cada vez más a un burgo tejanizado (lo dijo así Agustín Yáñez), pero en aquel entonces, y según la cantó Rafael López, Guadalajara era aún la «riente ciudad clara; suprema rosa, o mejor, perla cautiva en la diadema de la patria».

No perdió este hechizo —los tapatíos podemos decirlo— ni durante la guerra cristera, con su epifoco principal en Jalisco; nuestra segunda guerra de tres años (1926-1929), guerra a muerte como la primera, sin cuartel y entre los mismos contendientes. ¿O no es Lauro Rocha, a las vueltas del tiempo, como diría también Agustín Yáñez, una réplica fiel, a su modo, de Miramón y Osollo?

Por qué habrá sido, no lo he sabido nunca verdaderamente, pero el hecho ha sido que la sangre y la licencia o el desenfreno de las facciones (llámense blancos y negros, como en Florencia, o mochos y chinacos, como entre nosotros) no han impedido, por lo común, el florecer de la cultura, la más alta y la más refinada.

Sería de lo más impertinente, aquí y ahora, el querer documentarlo históricamente y, para ceñirme exclusivamente a mi generación, he de decir que todos maduramos en lo esencial antes del éxodo a México, en nuestras convicciones fundamentales, en nuestras actitudes valorativas, nuestras rutas interiores predilectas, en nuestra cosmovisión, en suma, y todo ello en aquellos años terribles del conflicto religioso, cuando nadie estaba seguro de poder entrar o salir de su casa sin ser víctima de plagios y toda suerte de atropellos. No obstante, pudimos consumir sosegadamente el tránsito de la vida biológica a la vida intelectual, la que desde entonces se adueñó de nosotros para siempre, porque la Guadalajara de hace medio siglo era aún la que luego pintó Agustín en su «almo recinto, la maternal conseja de las campanas, el tiple de la lengua, el sabor del pan, las charlas de las mujeres, la verdura y frescor de los patios, la música romántica de las cantinas, el paso de los cortejos fúnebres, a pie, lentamente, rumbo a Mezquitán, el rodar de bicicletas y coches de caballos, el ocio de los músicos en el portal a mitad de la mañana, y el de los burgueses a la puerta del casino, y las tertulias del museo y de las librerías, el tiempo perdido en las bancas de los jardines, la fidelidad de los pregones...».

De todo aquello lo único que alcanzó a pervivir por algún tiempo, hasta que se fueron muriendo sus asistentes, fue la tertulia del museo, verdadera tertulia eutrapélica, como la que en Bogotá existió con este nombre. El anfitrión era el director en turno del museo, primero Ixca Fariás, después José Guadalupe Zuno, y el grupo de contertulios, arrellanados en cómodos equipales, recibió la denominación de grupo Ovoide. Genaro Estrada solía decir que sólo por tres cosas hacía alto en Guadalajara: por la librería de viejo de Fortino Jaime, por el agua de arrayán de los portales y por los equipales de Ixca.

¿Cuándo empezó a escribir (escribir y publicar, se entiende) Agustín Yáñez?

Si alguna vez lo supe con exactitud, lo he olvidado hace mucho, pero con toda seguridad debió haber sido antes de los veinte años. El libro más antiguo que conservo de él, Divina floración, contiene el poema en prosa «Caravana de mendicantes», leído por su autor la noche del 5 de diciembre de 1924 en el teatro Degollado, en la velada conmemorativa del centenario Cabañas (el obispo fundador del hospicio homónimo) y antes de este librito, según consta allí

mismo, tenía su autor publicados tres más: Tipos de actualidad, Ceguera roja y Llama de amor viva, el primero de los cuales no lo conocí nunca. Por su precocidad también, Agustín Yáñez nos aventajó a todos.

De su obra tapatía, de la nuestra por mejor decir, he de hablar, en fin, de algo cuya omisión sería inexcusable, y que fue, bajo la dirección de Agustín, por supuesto (guía, jefe y capitán lo fue por toda su vida), la aparición, por un año, del quincenal de cultura que llevó el nombre alto, sonoro y significativo de Bandera de provincias. Sentimos todos que era el momento propicio para un esfuerzo de este género, porque su primer número (mayo de 1929) se adelantó en un mes apenas a la paz que puso término al conflicto religioso.

Los supervivientes que quedamos de aquel «grupo sin número y sin nombre» (así lo llamamos) podemos hasta hoy ufanarnos de aquella Bandera que entonces izamos y que por un año flameó a todos los vientos del espíritu y por sobre la dilatada extensión de la patria. Nuestro mensaje (continúo llamándolo «nuestro» porque mi nombre aparece allí, desde el primer número, aunque, como debía ser, en último lugar), nuestro mensaje pues, fue a la par universalista y bien mexicano. Por lo primero, allí están los magníficos ensayos de José Arriola Adame sobre Baudelaire, y de Efraín González Luna sobre Joyce y Claudel, ante quien yo me presenté, en mi primer viaje a Europa, llevándole las primicias de la espléndida traducción, hecha por Efraín, de L'annonce faite à Marie.

Con la mención de estos dos claros varones de Jalisco que acabo de nombrar, nuestros mayores, aunque no mucho, queda implícitamente declarada la deuda que con ellos contrajimos todos nosotros, y Agustín fue el primero en reconocerlo así. ¡Cuánto, pero cuánto, en verdad, les debemos! Lo primero y sobre todo, la iniciación en la cultura francesa. Otras disciplinas, las germánicas sobre todo, vendrían después, mas por lo pronto fuimos imbuidos en hábitos cartesianos de rigor y claridad.

A José Arriola Adame, en particular, fuimos deudores de la cultura musical, no la técnica, que jamás la aprendimos ninguno de nosotros, pero sí lo más esencial, lo más profundo, el espíritu de la música, como diría Federico Nietzsche, aquello que Platón encarecía al decir lo siguiente: «¿No es verdad, Glaucón, que la música es la educación soberana? ¿No es ella la que insinúa hasta el fondo del alma, y al comunicarle la armonía y el número, la torna bella por extremo?». Domingo a domingo pudimos comprobarlo así, cuando en la casa de José escuchábamos, en aquellas tardes maravillosas, la música incomparable de Juan Sebastián Bach.

Podría decirlo después, pero éste es un momento adecuado para declarar el papel de primera importancia que tiene la música en la novelística de Agustín Yáñez. Baudelaire, en sus «correspondencias», habla tan sólo de las que se dan entre perfumes, sonidos y colores, pero en el novelista jalisciense se corresponden, con igual simbiosis, música y literatura. En Archipiélago de mujeres, la primera mujer que desfila por esta adorable teoría se llama «Alda o la música», y el hechizo de su encanto trasciende en su cautivo a esta confesión:

Yo descubría la música, y la música —dejando de ser para mí un ruido agradable— me convertía en descubridor del universo. Aquélla fue la mañana de Pentecostés para mi adolescencia. Un hombre, un espíritu nuevo nacía en mí.

Nacía, como es claro, por la música y al conjuro de la música. La música es la Pentecostés, porque, como en el Nuevo Testamento, es la plena revelación del espíritu.

A medida que avanzamos en la obra de Yáñez, impónese con creciente imperio la música, hasta en la contextura misma de la novela, una música, por lo común, de carácter religioso, sobre todo en las páginas de Al filo del agua. El paroxismo final de Luis Gonzaga, por ejemplo, tiene por música de fondo el himno del Viernes Santo, «Adelántanse las banderas del rey» (Vexilla regis prodeunt), y en toda la composición de la novela su autor, según lo declaró él mismo reiteradas veces, tuvo por disco de cabecera el Requiem de Fauré, el de mayor poesía, sin duda, entre todos los de su género; un canto de esperanza cuyo final, In paradisum, es la mejor traducción sonora del vuelo del alma en el momento de expirar. Siempre que lo escucho, Agustín, se me hinca tu recuerdo.

¿Qué más aún? Una de sus novelas más ambiciosas, La creación, está construida como una sinfonía y es, en efecto, la vida de un músico, vida que no es otra cosa, según dice José Luis Martínez, que «el traslado de sus propias experiencias literarias (las de Agustín Yáñez) a las de la composición musical». Es obra, por cierto, de gran virtuosismo. Gabriel, el protagonista, el antiguo campanero de Al filo del agua, sueña en plasmar en material sonoro la vida nacional que fluye en torno suyo, aun en sus aspectos más repulsivos o pedestres. Contemplando, por ejemplo, la turba de pretendientes y pedigüeños, que engrosa con cada día de los que preceden a la transmisión del mando, el músico duda si aquel «contrapunto de necesidades y esperanzas» habrá de expresarlo en una marcha fúnebre o, por el contrario, en un scherzo grotesco, «que parecería lo más adecuado».

Al cabo de un año, pues, de tremolar nuestra Bandera, la arriamos tranquilamente, no porque nadie la hubiera abatido, sino porque habíamos dicho ya lo que en aquel momento teníamos que decir, y porque, además, a la mayoría le corría prisa por liar sus bártulos para venirse a México, tirando cada cual por su afición: trahit sua quemque voluptas. En mí, por ejemplo, el motivo determinante del éxodo fue el derecho internacional, que desde estudiante amé con gran pasión, y que no podía cultivar en grande sino en México y, más tarde, por el ancho mundo.

En cuanto a Agustín Yáñez, «me vine a México —así lo dijo— sobre todo porque deseaba estudiar filosofía» (entrevista con Emmanuel Carballo). Por la creación de una facultad de filosofía, en aquel tiempo inexistente en la universidad de Guadalajara, habíamos abogado inútilmente, él y yo, desde las

páginas de Bandera de provincias, y pasaron años antes del cumplimiento de aquel voto.

Nada podía llenarnos del todo, en efecto, fuera de la posesión, o al menos la pesquisa, del saber supremo en el orden natural, el saber autónomo y pantónimo, el que a todo se extiende y que no reconoce ninguna instancia ulterior. ¡Con qué fervor sentíamos todo esto en la juventud, la edad en que están aún intactas las potencias de admiración! Ahora bien, la filosofía, según lo dijo Aristóteles, brota de la admiración, y por esto la filosofía es, en realidad, la fuente de la eterna juventud.

Con este entusiasmo, pues, nos sentamos, Agustín y yo, en los escaños de la cátedra de Antonio Caso, el maestro que proseguía su obra benemérita de restauración de la filosofía, en la Escuela Nacional Preparatoria. Por extraño que parezca, todavía en 1930 la filosofía no se atrevía aún a pronunciar su nombre, y continuaba siendo, como en el célebre discurso de Justo Sierra, la vaga figura de implorante que rondaba en torno de los temple serena del saber.

Sería largo hacer el inventario de lo que allí aprendimos y de tal maestro, pero creo que lo principal y lo más duradero estuvo, por una parte, en la fenomenología y, por la otra, en la filosofía de los valores.

En sus años mozos, con Bergson y con Boutroux en la mano, Antonio Caso se había batido en un duelo a muerte, con el positivismo, el de Comte y Barreda, por supuesto; y ahora, al entrar en la vejez, armado esta vez del pensamiento germánico, defendía —o por lo menos no lo combatía— un neopositivismo, sólo que no el del fenómeno sensible, sino el del fenómeno dado en la intuición de la conciencia pura, el positivismo de las esencias, como llegó a llamarse, por aquella época, la filosofía de Husserl.

Nosotros, Agustín y yo, no fuimos nunca profesos de esta filosofía, ni creímos tampoco que la fenomenología fuese, como lo pretendía Husserl, una ciencia rigurosa. Lo que sí era, en cambio, era una técnica rigurosa, rigurosísima, con su doble reducción, con su disciplina implacable de atenerse a lo dado, no a lo construido, lo cual me fue después de gran auxilio en el campo del derecho, donde a menudo lo construido anticipa ilegítimamente sobre lo dado, con lo que desde el principio se estraga todo.

En la filosofía de los valores, a su vez, recibimos, a través de Caso, el influjo bienhechor de la escuela de Baden, Windelband y Rickert, y luego de Max Scheler, uno de los mayores filósofos de nuestro siglo, el único tal vez que pudo hombrearse con Kant para infundir un contenido en el formalismo ético. «En el fondo de la noche las estrellas, y en el fondo de mi corazón la ley moral», había dicho Kant, pero ahora resultaba que la ley moral era también una constelación estelar, una galaxia mejor dicho, con los valores (porque ni siquiera se les podía llamar esencias) que tapizaban el firmamento axiológico, y que alumbraban, conforme los captábamos en la percepción sentimental, los derro-

teros de nuestra vida, las avenidas, hacia todos los horizontes, del pensamiento y la conducta. ¡Qué maravilloso, qué promisor, qué deslumbrante se nos aparecía todo aquello!

Si me he detenido por unos momentos en la formación filosófica de Agustín Yáñez (llegó a graduarse de maestro) ha sido sobre todo por creer que en mucho contribuyó aquella a comunicar hondura y reciedumbre a su pensamiento en general y, posiblemente también, aun en la composición misma de su obra de ficción, no en toda ella, desde luego, pero sí tal vez en buena parte. La creación, por ejemplo, ¿qué otra cosa es sino la trasposición musical de la oposición dialéctica entre la Afrodita pandemia (Pandora) y la Afrodita urania (Victoria) para llegar a la cual, e igual que en el Banquete, es forzoso pasar por la primera?

Pero en fin, y sea de ello lo que fuere, el hecho es que Yáñez no llegó jamás a ejercer profesionalmente, magisterialmente, la filosofía. No fue así porque, como desde el principio se sintió creador (por lo menos ésta ha sido mi interpretación), comprendió muy bien que en filosofía, en estos países y en el medio enano en que aún nos movemos, no es posible llegar a ser, en el mejor de los casos, sino un honorable profesor, pero jamás un filósofo en la genuina acepción del término. Por ahora no podemos hacer otra cosa que transmitir, de generación en generación, la antorcha de la sabiduría, según la recibimos de nuestros mayores, de la Grecia antigua a los días que vivimos. Muchos años han de pasar, siglos tal vez, hasta que pueda aparecer entre nosotros un sistema filosófico más o menos original, y por algo Antonio Caso gustaba de repetir que la última expresión, la flor suprema de una cultura es un sistema filosófico.

Por esto, pues, en suma, echó Agustín por las letras antes que por la filosofía, porque sintió que, aun con todo nuestro oceánico subdesarrollo, todavía es posible, entre nosotros, la creación literaria, como lo prueba, para no ir más lejos, nuestra gran poesía. No que sea nada fácil, por supuesto, y porque, además, no caben en esto términos medios. En literatura, dijo alguna vez Balzac, no se puede ser sino rey o miserable. Agustín Yáñez, por él, se sintió con la capacidad de ceñir algún día la diadema de las letras patrias, y por esto aceptó el envite.

Para llegar a tanto, no se concedió un solo día de reposo desde que llegó a México. Una década, en números redondos, estuvo sin publicar nada, pero no por esto dejaba, día con día, de majar en la materia hostil, o de poner —era una comparación que le gustaba mucho— hoy un ladrillo y mañana otro, con los hábitos obreros que corrían en el río de su sangre.

Antes de la creación propiamente dicha, la creación en grande, van apareciendo los ensayos que integran el ciclo que José Luis Martínez resume bajo el título de La indagación del alma mexicana. A este fin conspiran los prólogos que publicó en la Biblioteca del Estudiante Universitario, Mitos indígenas y Crónicas de la conquista. En este último volumen el prologuista empieza con la siguiente categórica declaración:

La mexicanidad, como fisonomía cultural vigente, nace del recio ayuntamiento de fuerzas, entre sí extrañas, que fue la conquista. Ni esa fisonomía es, como algunos quieren, la arcaica forma de las culturas autóctonas, ni tampoco, según la pasión de otros, lo español absoluto que ahoga y suplanta categóricamente —absurdo histórico— cuanto los siglos edificaron en el alma y la tierra aborígenes. No era posible tamaño arrasamiento, ni España se lo propuso.

Dentro de esta concepción, la única que hace justicia a los hechos —a lo dado antes que a lo construido, según las directrices fenomenológicas—, están los múltiples estudios lascasianos de Agustín Yáñez. Las Casas, en efecto, acabó siendo tan mexicano como cualquiera de nosotros, y así se nos muestra en la estupenda biografía que Yáñez escribió de quien llama ya el «conquistador conquistado», ya en otra expresión igualmente feliz, «padre y doctor de la americanidad». Por algo Menéndez Pidal, cuando se le subió lo gachupín a la cabeza, hizo de Las Casas un esquizofrénico, porque no podía soportar que en el protector de los indios llegara a ser, en cierto momento, tan vivo y actuante lo mexicano como lo español, o por ventura más aún.

Lo mexicano, por lo demás, no está jamás ausente de la obra de Agustín Yáñez, no sólo de la historiografía, sino también, y con eminente inclusión, por cierto, de la novelística. En esto difirió siempre él —y con él, por concomitancia inmediata, los «abanderados» del 29— de los «Contemporáneos», de su esteticismo y de su extranjerismo. Toda la obra de Yáñez, en una u otra forma, tiene a México por correlato. Lograr, a través de todos sus libros, el «retrato de México» fue, según lo dijo él mismo, «el plan que peleamos».

Explíquese como se quiera, una vez más, pero el hecho indiscutible es que la obra mayor de Yáñez, la mayor en absoluto, la que le asegura, por ella sola, la inmortalidad, Al filo del agua, es, al mismo tiempo, la más mexicana de sus novelas. ¡Cómo no va a serlo, si es la vigilia de la Revolución Mexicana, el bochorno que precede a la tempestad! Es, en efecto, la bella traducción de Mathilde Pomès, quien vierte Al filo del agua por Demain la tempête! The edge of the storm en la versión inglesa, o Sull'orlo della tempesta, en la versión italiana.

Entre lo mucho y a menudo muy bueno que se ha escrito sobre Al filo del agua, me limitaré por razones obvias, a dos juicios apenas. El primero, muy sintético pero muy justo, muy preciso, es el de Emmanuel Carballo, y dice así:

Al filo del agua es la novela más armónica escrita en México en lo que va del siglo XX... El estilo, la estructura, la creación de personajes, la atmósfera en que se desarrollan los hechos, son perfectos.

El segundo comentario, que a mí por lo menos me parece muy sugerente, es el de Xavier Gómez Robledo, quien por doce años consecutivos ha explicado Al

filo del agua desde su cátedra de literatura en la Universidad de Guadalajara. Xavier, pues, se enfrenta a ciertos críticos para los cuales no sería aquella obra una verdadera novela, dizque por faltarle acción, fuera de ciertas peripecias, como las de Micaela, Damián y don Timoteo. Pero no es así, arguye por su parte el profesor tapatío; antes por el contrario debe verse en la célebre novela no sólo un auténtico drama (drama quiere decir acción) sino un gran drama colectivo, aunque de lento y oculto desenvolvimiento para la mayoría de los personajes, tal y como acontece en *Los persas de Esquilo*, comparación que su autor declara luego del modo siguiente:

En Los persas, los ejércitos de Xerxes, que se creían invencibles, van a la tragedia, sin presentir en lo más mínimo lo que se cierne sobre ellos. En Al filo del agua cada personaje va hacia la tragedia, porque ninguno ha resuelto bien sus problemas, y casi ninguno cae en la cuenta de ello. A la tragedia va el pequeño pueblo y toda la República, y casi todos lo ignoran. El único clarividente es el viejo Lucas Macías, el filósofo pueblerino, que es como el coro griego que advierte a los demás la catástrofe inminente. Es él quien pronuncia la famosa frase (de donde salió el título de la novela) que tiene en los labios la gente de los Altos de Jalisco cuando comienzan a caer las primeras gruesas gotas que preceden a la tormenta: Estamos al filo del agua.

La ascensión al poder, al supremo gobierno de su estado, es el último toque en la personalidad, multiforme y versátil, de Agustín Yáñez, y acaba de configurarlo como «todo un hombre».

Digámoslo de una vez, sin hipocresías ni pudibundeces: la pasión del poder es una pasión sana y fuerte, en el varón por lo menos, y sobre todo en el intelectual. ¿No habló Anaxágoras del «intelecto piloto», en cuyas manos debe estar el gobernalle? En la Grecia antigua, por lo menos, no se hizo de esto el menor aspaviento, y con la sola excepción de Sócrates, hasta donde yo sé, todos los demás pensadores, con Platón a la cabeza, persiguieron hasta el fin el sueño del rey filósofo, la entrañable simbiosis entre sabiduría y poder.

Agustín Yáñez, pues, había nacido para mandar, y era natural, por lo mismo, que amara el poder; pero lo amó no con fines crematísticos, ni para prostituir un bien tan alto como es el mando a un bien tan vil como el dinero. Sus hábitos frugales estuvieron a la vista de todos, y murió en la misma modesta casa que construyó, cincuenta años antes, cuando se vino a luchar a México.

Si amó el poder, en suma, fue para hacer el bien, para servir a los suyos, a la comunidad que le confió el regimiento de sus destinos. Como el Hijo del Hombre, Agustín Yáñez no vino a ser servido, sino a servir; como escritor, como maestro, como gobernante. Siervo de la nación como Morelos; el más alto título de gloria que, desde que lo dijo quien lo dijo, puede reclamar un mexicano.

Por último —y por motivo alguno podría yo dejar de decirlo—, por mucho que haya perseguido Agustín Yáñez, al igual que Platón, la alianza entre el poder y la sabiduría, supo siempre reservar a esta última el rango supremo en la escala axiológica. Muchas veces le oí decir, a este propósito, que el mayor honor, entre los muchos que conquistó, era el de ser miembro del Colegio Nacional, el honor, es decir, de profesar la ciencia y el saber en general, desde la cátedra más alta del país.

En todo fue grande Agustín Yáñez. «Mi dimensión es la grandeza», lo dijo por boca de Gabriel, el campanero-músico.

Por sus servicios a la nación, como educador, como maestro, como gobernante, por la calidad eximia de su creación literaria, por la ejemplaridad de su vida, por tantos méritos, en fin, como en él concurrieron, el gobierno de la República, por decisión personal del titular del Poder Ejecutivo, ordenó la inhumación de sus restos mortales en la rotonda de los hombres ilustres. Su tumba está allí, aunque en realidad se prolonga mucho más allá, porque, según las palabras eternas de Pericles, «la tierra entera es la tumba de los hombres ilustres». Por toda la tierra, en efecto, están sus obras en tantas traducciones y bajo los ojos de tantos lectores, por centenas, por miles...

¿Cómo podría yo, en un desafío a la clepsidra implacable, resumir la vida y la obra de Agustín Yáñez? Yo mismo, claro está, no podría hacerlo, pero sí los poetas, y más en concreto el poeta Francisco Liguori, de quien traslado el siguiente soneto:

*Un pueblo de mujeres enlutadas
al filo del amor o de la muerte;
archipiélago ideal que se convierte
en sombras ojerosas y pintadas.*

*Tierras flacas o pródigas, captadas
por un tácito espíritu que advierte
cómo el tiempo litúrgico revierte
realidades, en sueños conquistadas.*

*Vivir la corte sin perder la aldea;
ejercer el gobierno y la enseñanza,
unir letra y acción en la tarea,*

*y morir con la última esperanza
de haber cumplido el plan que se pelea:
lograr de la nación la real semblanza.*